

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 7 de Diciembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 32.

UN ERMITAÑO QUE MATA Y ROBA A TREINTA MUJERES



LA VENGANZA DEL CAPITAN DE COSACOS CHERNUST. MARIDO DE UNA DE LAS VÍCTIMAS.—(Véase el relato en la plana 2.ª)

UN ERMITAÑO QUE MATA A TREINTA ROBOS Mujeres

Los más sensacionales sucesos que en el mundo del crimen han conmovido la opinión, no han podido llegar al verdadero espasmo de horror trágico que produce el hecho inaudito ocurrido en Rusia, ciudad de Verkoturie, perteneciente a la provincia de Perm, en el corazón de los montes Urales.

Nuestro célebre y tenebroso huerto del Francés no es más que un apacible paisaje de poesía bucólica si se le compara con la cueva de muerte que, para satisfacción de sus instintos de hiena, tenía el padre Fedot, en los subterráneos de la ermita habitada por el religioso en mitad de los bosques próximos a Verkoturie.

¿Cabe en la mente la concepción real de un hombre como el abate Fedot?

¿Es dable suponer que obraba conscientemente?

Mutilador infame, ladrón macabro, violó sacrilego los cadáveres de sus víctimas sometiendo a extrañas ceremonias.

Eran lúgubres fantasías entrinazadoras del más refinado sadismo, así como nubes de incienso que, en su loco desvarío, quemaba el ermitaño en honor de los manes del asesinato y del estupro, de la profanación y el robo.

Quizá Solleland, la humana bestia restada a la guillotina por el presidente Fallières, sea el único hombre sobre el haz del planeta que, desde las hediondez de su calabozo, sonreír, diabólico, comprendiendo bien los crímenes espeluznantes del funesto Fedot.

Escucha, lector, la verídica narración, que pondrá espanto en tu ánimo.

Fue hace treinta años, cuando una tarde, huracanada y lluviosa, bajando a saltos por la escarpada montaña en cuya falda extiendese la villa Verkoturie, llegó a la ciudad un humilde peregrino. Con los rotos hábitos cubiertos de lodo, llagados y sangrando sus desnudos pies, aquel siervo de Dios movió a compasión, más próxima a ser manifestada, al contemplar el rostro del pobre caminante, la dulce y noble fisonomía de un hombre varonilmente hermoso y que podría contar veintiocho años. Una barba azulada, en fuerza de ser negra brillante, prestaba majestad al cansado viajero cuyos ojos claros se elevaban al cielo con místicos arrobamientos de piedad infinita.

Los sencillos habitantes de Verkoturie rodearon ansiosamente al peregrino, que se vio obligado a aceptar un escabel junto al hogar vivificador que, alegre, chisporroteaba en la posada del pueblo.

Honrados labriegos hicieron descansar al misterioso monje, recomfortando sus desmayadas fuerzas con vino añejo y pan blanco.

Silencioso y callado, el peregrino agradecía aquellas bondades, bendiciendo solemnemente a las buenas mujeres que se acercaban piadosas a besar su escapulario, y acariciando a los niños, atraídos por aquella santa figura de amor y mansedumbre.

Pocos días después era cosa decidida que el padre Fedot—así dijo llamarse—quedase instalado definitivamente en Verkoturie.

Nadie supo jamás quién era ni de dónde venía. Acerca de este particular siempre guardó el clérigo un silencio absoluto. Ninguno, tampoco, intentó preguntarle.

Atengámonos, pues, a lo sucedido varios años pasados de aquella tarde memorable, en que las gentes del pueblo practicaron la obra de mis-

ricordia que nos manda «dar posada al peregrino».

Transcurrido ese tiempo, el padre Fedot había logrado conquistar a todo el vecindario. Teniente en olor de santidad. Confesando a los fieles reinaba en las conciencias, y practicando sin descanso toda clase de virtudes, se hizo respetar y querer por los incrédulos o indiferentes en materias de religión. El educaba a los niños y era amigable compenetrador de toda discusión. Con talento y dulzura jamás dejó de imponerse, llegando a ser el oráculo consultor en aquellos contornos.

Así las cosas, adorado el monje, falleció en Verkoturie una señora viuda, poseedora de riquezas. Abierto el testamento de la finada, se encontró una cláusula en virtud de la cual constituía un depósito, con el fin de que se construyera, en medio de los bosques que rodeaban la ciudad, una lujosa ermita destinada al padre Fedot. De tal suerte, recibió recompensa a sus buenas obras el santo varón.

Concluidas que fueron las construcciones, el monje venerable—ya un anciano de sesenta años—vivía alejado, consagrándose a la meditación y al rezo.

Tan sólo podía verse al padre Fedot por el poblado de Verkoturie cuando algún moribundo reclamaba sus espirituales auxilios o en los casos aquellos donde su palabra evangélica daba paz a la lucha.

El mismo autorizó a las mujeres de la ciudad para que fuesen a la ermita a lavar sus pecados en el tribunal de la penitencia y a pedirle en todo momento inspiración y auxilio.

En procesión no interrumpida, raro era el día que dejaba de verse, por el sendero que llevaba a la ermita, alguna mujer marchando en busca del padre Fedot.

Las más fanáticas descubrieron, de vez en vez, las ceremonias extrañas a que el monje las sometía antes de oírles en confesión, y atribuyendo a la influencia de tales sortilegios la cura milagrosa de sus dolencias físicas, así como aquellas que afectaban al espíritu enfermo.

No era un misterio que el padre Fedot invitaba a sus penitentes a que sumergieran el cuerpo en un amplio baño, obligándolas después a permanecer algunas horas dentro de un ataúd para recordarles que habían de morir.

Así—decía—se llega a la confesión, purificada la culpa.

Cierto día desapareció misteriosamente la bella esposa de un acaudalado comerciante. Cuantas investigaciones se hicieron quedaron sin éxito. Desde entonces, apenas pasaba un mes sin que alguna mujer, siempre rica y hermosa, fuera a aumentar la extraña y fúnebre lista de aquellos secuestros o fugas inverosímiles que llegaron a producir en los desesperados vecinos de Verkoturie la noción de lo maravilloso por el número de desaparecidas, atribuyéndose los sucesos a hechicerías demoníacas.

No era posible encontrar una explicación lógica para darse cuenta de aquellas desapariciones. Todo el mundo se conocía en Verkoturie. Por fuerza un asesino y extraño elemento, ajeno a los vecinos de la villa fatal, debía ser el origen de tanto duelo. Llegó a pensarse en brujos y fantasmas. Las mujeres se abstenían de salir solas y de noche; aterrorizadas las gentes, apenas si en la ciudad rondaban otras transesiones que patrullas de policía, influidas también por el pavor de lo desconocido.

En tal estado la opinión, de la

misma manera que las veintinueve víctimas que le antecedieron, desapareció también la bellísima señora Biel Chernust, esposa de un capitán de cosacos.

Hombre bravo y decidido, el militar juró hallar a toda costa la pista del miserable raptor. Empezando las investigaciones, y recordando que la infeliz mujer salió de su lado diciéndole que iba en busca del padre Fedot, dirigióse el capitán a la ermita para conferenciar con el santo varón, y por las palabras del monje orientarse en sus pesquisas.

Con el alma deshecha, angustiado y colérico, llegó Chernust a la ermita, no pudiendo penetrar en el piadoso recinto, pues todas las puertas y ventanas hallábanse herméticamente cerradas. Con decidida obstinación llamaba para hacerse oír, cuando de pronto le hirió como el rayo una terrible sospecha. Apenas cruzara por la mente del capitán la espantable idea, bramando de coraje, forzó una ventana, y, sable en mano, penetró en el interior de la ermita. En la casa de misericordia reinaba silencio sepulcral.

Ya iba el militar a alejarse de aquellos lugares mancillados por su al parecer infundada sospecha, cuando, conteniendo la respiración y afirmando en la mano la empuñadura del curvo sable, quedó absorto y perplejo, inmóvil como una estatua; hasta él, y por unas escalerillas que bajaban a la cueva, había llegado un extraño rumor, así como el murmurar de ininteligibles palabras pronunciadas en voz bronca.

Apenas tuvo tiempo de convenirse de que no era engañosa ilusión de sus sentidos aquello que escuchaba, cuando ebrio de ferocidad, clamando venganza, de un salto salvó Chernust el tramo de pétreos escalones.

El sable en alto, contraída la boca por una expresión de asombro inaudito y con los centelleantes ojos abiertos con espanto, permaneció el capitán en la puerta de la cueva inactivo y mudo, cual si de súbito quedase galvanizado.

Tratemos nosotros de bosquejar no más los perfiles del cuadro que apareció ante la vista del bravo Chernust. El cuerpo de su esposa descansaba en un mísero ataúd colocado en el suelo. A sus pies, el padre Fedot, arrodillado, introduciendo sus manos en un montón de alhajas y dinero, al tiempo que, embargado por un extraño delirio, salmodiaba el monstruo plegarias y cantos de raras modulaciones.

Al fondo, una especie de chimenea, con el frío hogar repleto de calaveras y otros restos humanos, alumbrada aquella siniestra escena por la vacilante luz de una vela de sebo consumiéndose en un tosco farol.

Pasado el primer momento de estupro, el cosaco se arrojó violento sobre aquella bestia feroz y de un golpe terrible hundió el arma vengadora en el cuello de la fiera...

Sabedor el pueblo de la tragedia espantable, unánimemente el vecindario entero tuvo la misma idea, llevada a realización al punto de ser concebida.

Una hora después, desde muy lejos antes de llegar a la ciudad de Verkoturie, que ensombrecieran los crímenes monstruosos del padre Fedot, podía verse el resplandor de colosal incendio, con que el pueblo infeliz, víctima del odioso clérigo, aventaba las cenizas de la ermita fatal, que fue para Verkoturie antecámara del infierno.

Enrique 8A DEL REY.

LA ESCUELA CRIMINOLOGICA

Por lo que tiene de modelo, y por no haberse fundado en nuestra patria—como otras instituciones de progresiva cultura—con medios pobres, y cuando ya fuera una vergüenza el que dejase de estar constituida, la Escuela de Criminología, instalada en la cárcel celular de Madrid, no parece cosa española.

Ya en el año 1840 D. Diego Martínez de la Rosa habló con entusiasmo de lo conveniente que sería, para la mayor ilustración de los individuos que componen el Cuerpo de penales, el que se instituyera la Escuela de Criminología.

Veinte años después, el abuelo de Canalejas, en su obra *El presidio-escuela*, abogaba también por el establecimiento de estos estudios superiores, que tanto pueden enaltecer, simplificando su misión, a los dignos funcionarios encargados de la custodia de los presos.

En 1889, siendo ministro de Gracia y Justicia D. José Canalejas, hubo de fundarse la Escuela Normal, primera piedra de la de Criminología que funciona hoy por decreto de 1903, refrendado por Dato y que se inauguró en Octubre del pasado año con el conde de Romanones en el Ministerio.

La Escuela de Criminología tiene consignadas en el presupuesto la cantidad de 9.000 pesetas anuales, habiéndose invertido 2.000 duros en las obras de instalación.

Se halla, como dijimos más arriba, en la planta baja izquierda de la Cárcel Modelo, constando de una biblioteca-museo, sala de profesores, dos aulas y despachos para el director y secretario. El mobiliario y todo el alarje de este moderno centro docente, obra de la cultura española—pues es de advertir que ninguno similar del extranjero reúne sus internas perfecciones—, ostenta una sobriedad y justeza merecedoras de todo encomio, advirtiéndose en los menores detalles que allí se practican rigurosamente los sanos principios higiénicos.

Admírase en la biblioteca una ordenadísima catalogación de interesantes volúmenes que encierran cuanto se ha escrito acerca de las materias objeto de aquellos especiales estudios. Son libros notables, donados a la Escuela por sabios ilustres, entre los que su director, don Rafael Salillas, no ha sido el menos generoso.

El plan de trabajo son dos cursos sin el ingreso. Este se hace mediante un examen de aptitud, de general cultura y algunas nociones de lenguas italiana o francesa.

Condense en el primer curso la *Ciencia penitenciaria*, que explica D. Rafael Salillas; *Antropología y Antropometría*, a cargo de D. Federico Olóriz; *Pedagogía criminal*, cuyas lecciones se reciben del Sr. Cossío, así como las de *Etimología y Derecho penal español y comparado* están bajo las órdenes de los Sres. Antón y Aramburu, respectivamente. Existen, además, otras dos clases: *Psicología de anormales*, que dirige el

doctor Simarro, y *Ginnesia sueca*, el profesor médico Sr. Castillo.

Las materias objeto de los trabajos del segundo curso, son aquellas mismas que se estudian en el primero, en mayor grado de perfeccionamiento.

Las clases son alternas, y hay cátedra de diez de la mañana a cinco de la tarde.

Todo caso curioso, según los diferentes aspectos en que se considera la delincuencia, es llevado a la Escuela de Criminología. Allí se le es-

dos de las prisiones tengan conocimiento de quiénes son, por dentro, aquellos desgraciados cuya custodia y reforma les está encomendada.

Tiene la Escuela de Criminología un interesantísimo museo en donde el *reporter* pudo curiosarse, insaciable, examinando, por ejemplo, una notable colección de cráneos anormales, entre los que puede citarse uno, cuya fotografía publicamos, scafocefalo, en pronunciada forma de carena de nave, anormalidad rarísima. También vimos la calave-

no, ejecutados de modo inverosímil y que son un asombro de paciencia; otros diversos útiles de fantástico empleo, v. gr., el *plante*, pequeño tubo de cinc, de tres centímetros de diámetro por ocho de largo, usado por los carteristas para guardar en ellos alhajas y billetes de Banco. Para no ser cogidos con el cuerpo del delito, arrojan la cartera sustraída, empaquetan los billetes en el *plante* y se lo introducen en una región de su cuerpo, antipoda del bajo vientre. Así, al ser registrados,

El correo es una invención presidaria que consiste en un teléfono semejante al que usan los navios para hablar por el balcón. Lleva en sus extremos una especie de ancla, de cuatro garfios y un pequeño saquito de arena para que sirva de contrapeso.

Con este aparato, haciendo describir círculos al cordel, se trasladan objetos de una celda a otra, por las ventanillas, utilizando el ancla para recoger del suelo monedas y hasta láminas de menos espesor.

La correspondencia que sostienen presos y presos (*chuchos y chuchos*) en jerga carcelaria, es de un alto interés. Existe en el museo de la Escuela una abultada cartera repleta de originales famosos.

De armas raras cogidas a los presidiarios y loricadas por novísimos e ingeniosos procedimientos industriales, hay un bien surtido arsenal.

Examinamos también una documentación completa que puede servir de modelo para llevar a cabo el tan conocido, y no por eso menos evitado, «timo del *entierro*», desde que se lanza el anzuelo hasta que «cae el pez».

Un aficionado a fotografías curiosas tiene en el museo vasto campo de admiración. Lo menos doscientos retratos de estupendas fisonomías pertenecientes a otros tantos carteristas, espadistas, tomadores, descuideros.

Una buena ipero buena colección de fotografías de «invertidos», lo más *snoob* del homosexualismo nata y flor de *sarajas* inverosímiles.

En *tatuajes* vea el lector si no son curiosísimos los retratos que publicamos de dos «distinguidos» *apaches* que, por poco más, se pintan en la piel un mapa mundi. Los asuntos elegidos por estos Murillos, de sí mismos son casi siempre sanguiñarios y de erotismo sádico.

El *tatuaje* se practica con un punzón y zumo de hierbas especiales mezclado con tintas chinas y grasa.

No lo hemos visto, pero un señor alumno de la Escuela nos aseguró que él ha tenido ocasión de admirar un tatuado que no tenía una sola partícula de su cuerpo, desde los pies hasta el cuello, en donde no se hubiera dibujado algo. No eran asuntos sueltos. Era, en brillantes colores, la representación gráfica de la caza de una zorra con matorrales, bosque, monteros, perros, etc.

El nombre de los profesores que explican las cátedras de la Escuela de Criminología, sabios ilustres que han dado a la ciencia española días de gloria, es la más sólida garantía de cuanto puede hacerse en pro de la cultura con la perfecta organización que dirigen preclaros varones.

Al frente de ellos destaca la figura simpática y valiente de D. Rafael Salillas, publicista notabilísimo, continuador de la obra de doña Concepción Arenal y el aliento más firme de la Escuela de Criminología, creada para el triunfo definitivo del insignie antropólogo.



tudia con tesón y profundidad extraordinarios, penetrando en la entraña de los asuntos, investigando su esencia, para después deducir luminosos informes que son, ante todo, de utilidad provechosa para aquellos que, como los alumnos de la Escuela, consagran su vida a regentar la de los presos. ¡Existen en los privados de libertad tan variada gama de matices! En orden al más perfecto régimen carcelario, es de suma importancia que los emplea-

ra de una mujer, protagonista del célebre proceso conocido por el de «La mujer del saco», cráneo de estudio por muchos conceptos.

Contemplamos, entre misterios, objetos rarísimos, acerca de cuya aplicación quedábamos maravillados: unas alpargatas de doble suela con un bien escondido depósito que ocultaba un completo arsenal de útiles de fuga, al lado de perfectas labores de presidiarios, fustoreras, petacas, alfileres, «trabajos de chi-

desnudos, ¡cualquiera adivina el escondrijo!

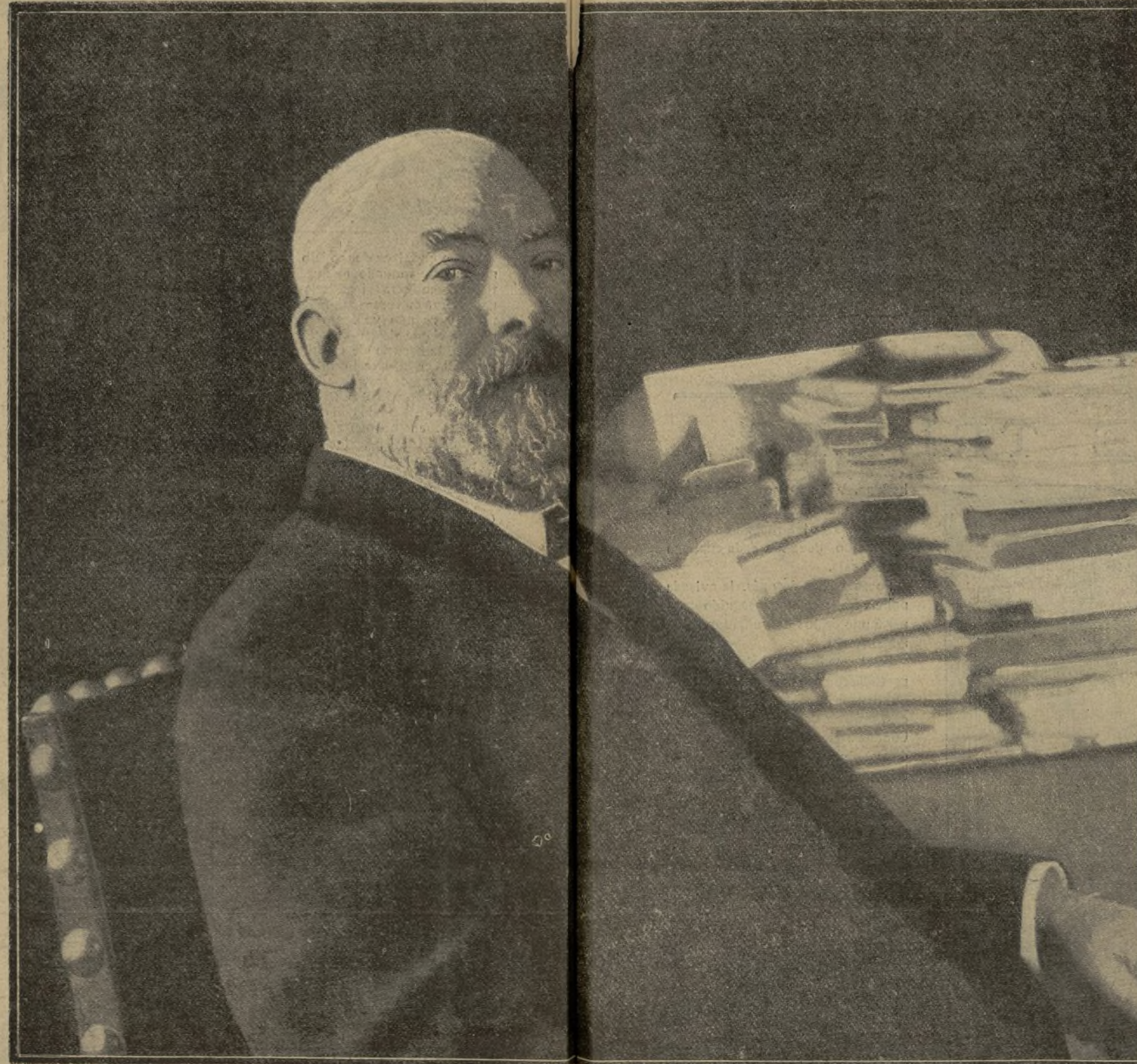
El *plante* que existe en el museo de la Escuela de Criminología, se le ocupó al carterista Jesús García Arbalza.

El *chino* es otro curioso aparato, consistente en un cortaplumas curvo, usado por los carteristas para cortar los bolsillos en un segundo. A esta operación se llama *chinar* en el argot de los discípulos de Caco.

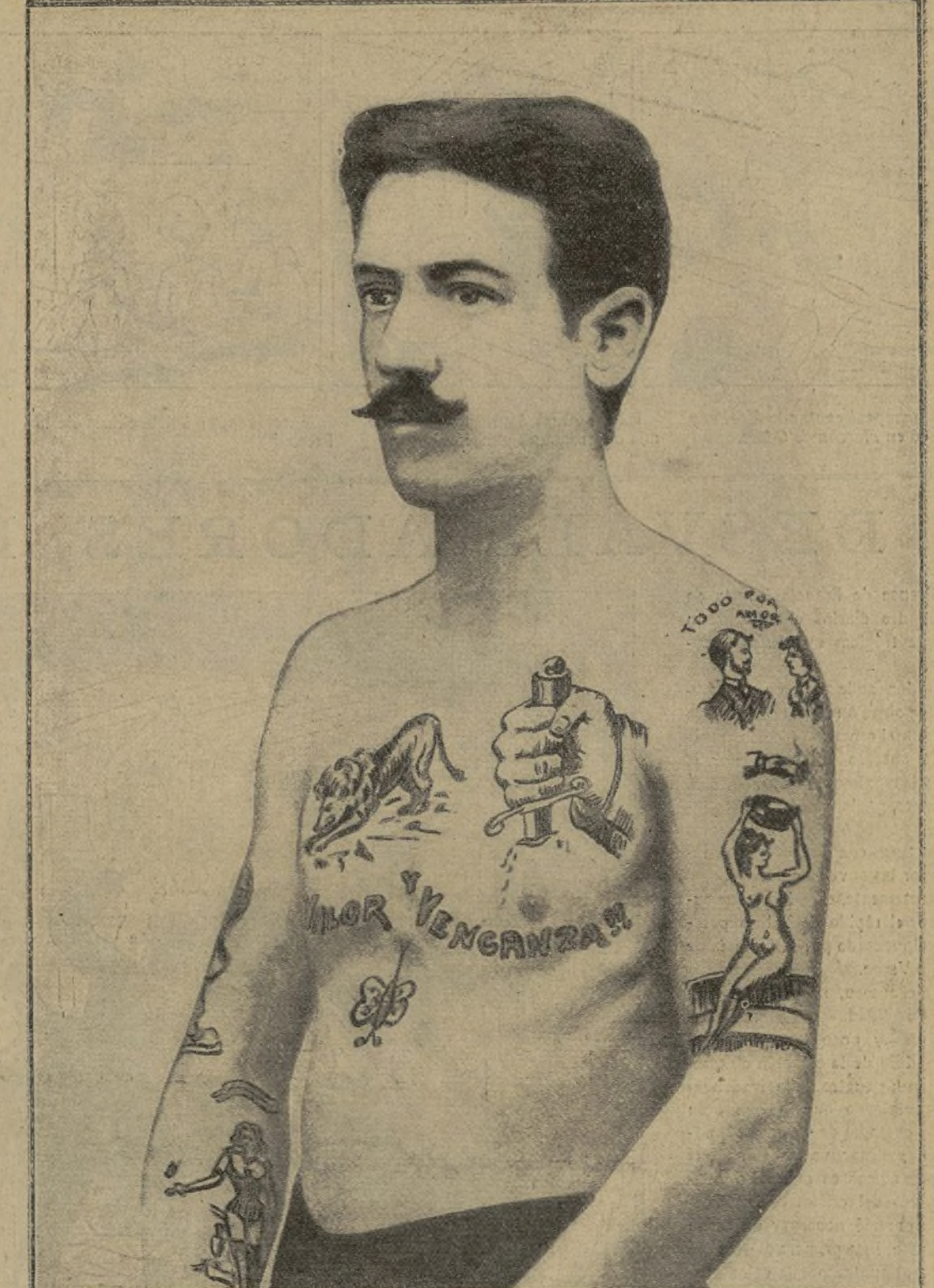




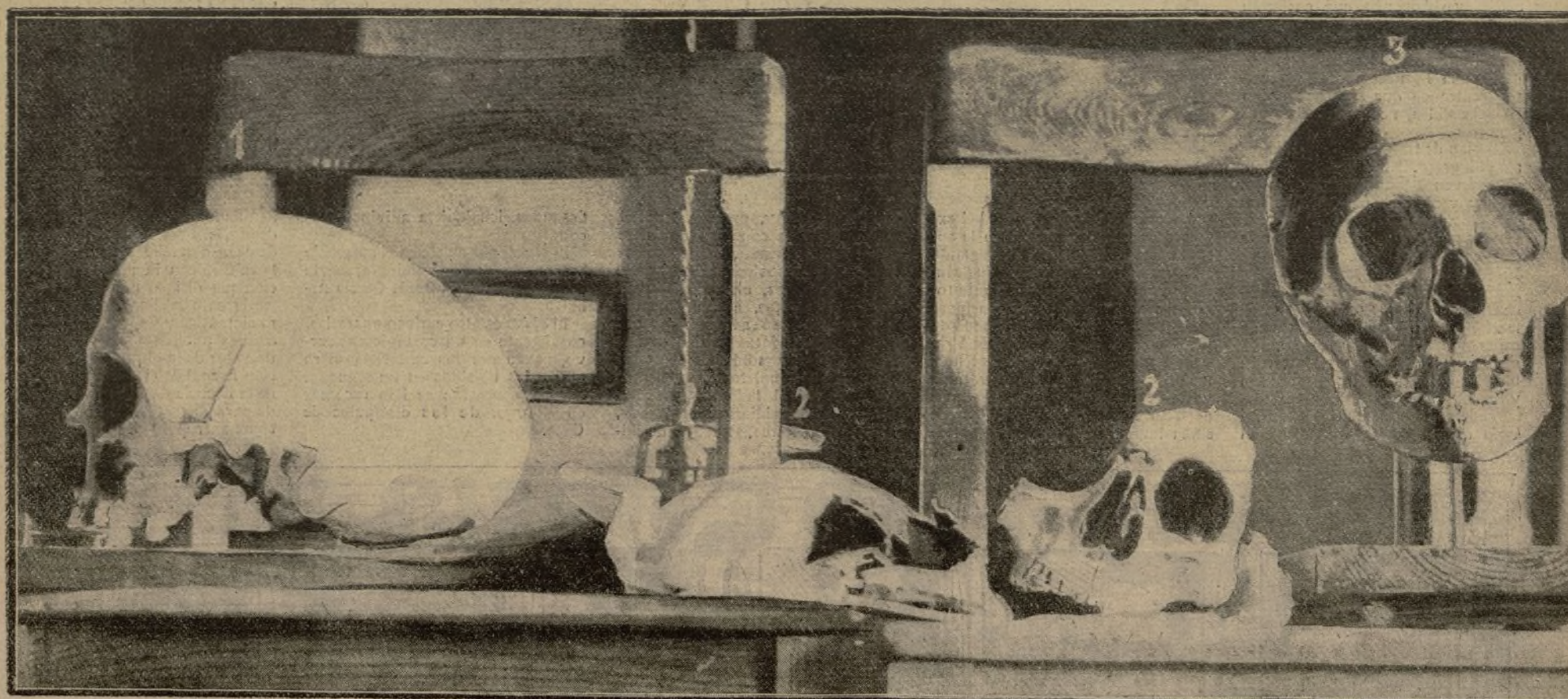
Tatuaje de Juan Rinaldi Ferrúa (apache).



D. Rafael Salillas, ilustre director de la Prisión Celular de Madrid.



Tatuaje de Emiliano Sáenz Sáenz (apache).



DEL MUSEO CRIMINOLÓGICO DE LA ESCUELA.—1. Cráneo scarocéfalo, en forma de carena de nave; anormalidad rarísima. 2. Cómo queda el cráneo de un fusilado.—3. Calavera de la protagonista del célebre proceso de "La mujer del saco".



Los alumnos en la clase de «Ciencia penitenciaria» que explica el Dr. Salillas.

(Fotografías ALFONSO.)

CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.



Maura empezó cantando *Marina* y concluyó en *Marcha de Cádiz*.



Pidal entrará a presidir la Academia dentro de un puchero.



Moret enseña a los chicos de la Prensa.



Los peinados de moda son mayores que los sombreros prohibidos.



Cambó llega a Madrid cargado de enmiendas.

DESVALIJADORES DE TRENES

La Prensa de Francia inserta en sus grandes diarios el comentado relato de trágicas aventuras ferroviarias.

Bandidos audaces, con sus frecuentes golpes a mano armada, han sembrado el espanto.

Tales sucesos prèstanse, por sí solos, a la máxima emoción. Evocan atrayentes, páginas del más alto interés, que traen a la memoria sugestivas lecturas con que supieran conmovernos las novelas de viajes.

Recientemente, el rudo ataque sufrido por el rápido de Tolosa parece algo inventado por la fantasía de un Julio Verne.

Tuvo el suceso, no obstante, una horrible realidad.

Hacia muy poco tiempo que el tren partiera de la estación d'Etampes. Eran las cuatro de la madrugada. El empleado que llevaba a su cargo la custodia de valores, ocupábase en ordenar varias cajas que contenían sumas en metálico, cuando a través del cristal de la ventanilla le pareció observar un bulto sospechoso. Esta primera alarma fué seguida, al punto, por la veloz acometida de tres sujetos que, revolver en mano, precipitáronse sobre el empleado y su ayudante.

Los funcionarios se defendieron valientes. Mientras uno de los malhechores disparaba su revólver contra ambos empleados, los otros dos ocupábanse en arrojar a la vía las cajas de valores.

Avisado el maquinista por el ruido de las detonaciones, detúvose el convoy. Ambos empleados estaban



heridos. Algún viajero pudo observar cómo, a la luz del amanecer, los bandoleros se internaban en el bosque vecino, llevando cada cual una pesada caja.

Pocas fechas después, la avisada policía francesa ha conseguido detener a uno de los desvalijadores, llamado Roche.

Es el criminal un hombre de aspecto distinguido, elegante y guapo. Su llegada a París ha sido para epatar a más de una sensible *cocotte*. Conduciábase en el tren; descendió del vagón procurando ocultar con el flamante *pardessus* sus manos esposadas.

Con el audaz atracador fueron detenidas dos bellas *demi-mondaines* que, aterradas y llorosas, han venido a dar a este gran suceso *parisién* la nota *boulevardier*, necesaria al mayor interés del sensacional drama.

Resurge, con amenazadora frecuencia, el asalto en los caminos de hierro. Ultimamente, el correo Paris-Marsella estuvo a punto de descarrilar cerca de la estación de Villeneuve de Saint-Georges. Providencialmente, el conductor del tren pudo advertir, a la luz de la luna, que se hallaba la vía obstruida por unos rails atravesados, sostenidos por dos grandes piedras. Cuando el convoy se detuvo, los viajeros observaron cómo en un campo vecino varios hombres corrían, veloces. Eran los bandoleros, que en la sombra espían el momento de la catástrofe para caer, rapaces, sobre el tren, aprovechándose de la confusión que originara el siniestro.

ÚNICA MANERA DE PODER VIAJAR EN FERROCARRIL



Don Timoteo se despidió de toda la familia hecho un mar de lágrimas y el corazón oprimido como si fuera a no verla más.



Hace testamento ante notario, distribuyendo equitativamente sus bienes. Un cura le confiesa y le echa la bendición.



Se rodea de cuantas precauciones requiere viaje tan expuesto, después de suscribir una importante póliza de seguro sobre la vida.



Toma billete de ida y vuelta por lo que pueda suceder, pagando, claro está, un dineral por exceso de equipaje.



Y después de todo esto se sube a lomos de un rocín, procurando irse por los caminos más distantes del ferrocarril.

EL JIU-JITSU, aplicado á la captura de los delincuentes.



Cómo se inmoviliza á un hombre.

Para cargárselo al hombro.

Conducción facilísima de un detenido.

Para hacerlo seguir si se niega á caminar.

Otra manera de hacerlo caminar.

Dominación absoluta de un detenido.

Cómo se detiene á un fugitivo.

Segunda manera de detenerlo.



Para desarmar á un criminal.

Agarrada de brazos de efecto seguro.

El ataque al estómago.

La caracolada de la nariz.

El golpe de nuez del cuello.

Cómo se tira á un hombre á tierra.

Otro procedimiento para hacer caer á un hombre.

Sujeción del brazo y del cuello para la inmovilización total.

Dibujos originales de LA ESQUELLA DE LA TORRATXA, de Barcelona.

COSAS DEL OTRO JUEVES

Madrid está endiavolado. El juego del carrete volante, conocido en los bazares con el nombre apropiado de *Diávolo*, ha conquistado á toda la infancia madrileña y raro es el hogar donde uno ó más de esos artefactos no está haciendo estragos.

La invención ha sido verdaderamente *diavólica* por lo que se refiere á la economía y á la tranquilidad doméstica.

Cada carrete lleva costado á la familia del niño que lo juega más dinero, relativamente, que al pueblo español cada obispo y más disgustos que unas elecciones generales.

El arma arrojadiza ha causado ya sensibles bajas en los chineros de los comedores, en los jugueteros

Además tiene descalabradas á familias enteras, comenzando por sus propios cultivadores, á quienes el carrete, por cada vez que les cae en la cuerda, les cae veinte veces en las narices.

La pobre abuela ve turbados sus trasueños, entre zurcido y *Ave María*, por el inesperado golpe del *diávolo* del nieto que le echa abajo las gafas; el padre se encuentra con la inesperada visita del *diávolo* que le

vuelca el tintero, y la cocinera se queda absorta al ver que por la boca del puchero se le mete una cosa dando vueltas que pone en conmoción á los *gabrieles*. Quizá por todos estos disturbios



caseros, con la aparición del ya famoso juguete en Madrid, ha coincidido el aumento de la concurrencia de los niños á los paseos públicos, donde los transeúntes se ven sor-

pretes de todas clases de maderas y metales que ponen en peligro la integridad de los sombreros y de las narices.

Las niñas é institutrices tienen que llevar, juntamente con la merienda, el tafetán, y hay niño que vuelve á su casa con más parches que una maleta de viajante de comercio ó de propagandista solidario, que para el caso es lo mismo.

Sin embargo, no todo han de ser cargos contra el juguete de moda; tiene, también, sus ventajas higiénicas, según el informe de ciertos médicos extravagantes que se dedican

del cuello, tantos novios con torticollis.

También dicen los citados doctores que el *diávolo* desarrolla los músculos del vientre, facilitando todos sus movimientos.

También, andando el tiempo, los niños, y sobre todo las niñas, recogerán el fruto de este deporte, que da más ligereza al siempre pesado y algunas veces abrumador fardo de la tripa.

¡Ni que la *Bella chiquita* hubiese jugado durante su niñez al *diávolo*!

Tal como se está poniendo el repertorio del género chico, bueno



á estudiar la acción terapéutica de todas las cosas inútiles.

El *diávolo*, según dichos doctores, remunerados, como es natural, por el poseedor de la patente, desarrolla los músculos de la cerviz como ningún otro deporte.

No deja de ser una ventaja, de la cual los niños de ahora recogerán el fruto cuando lleguen á la edad en que se hace el amor por asquinas y balcones.

No habrá, merced á esta fortaleza

será que las tipes también lo cultiven un par de horitas diarias para entrenarse en *machúchas* y *garrotines*.

El *diávolo* fortalece y aligera el vientre.

¡Qué gran juguete para las señoras embarazadas y para los senadores vitalicios!

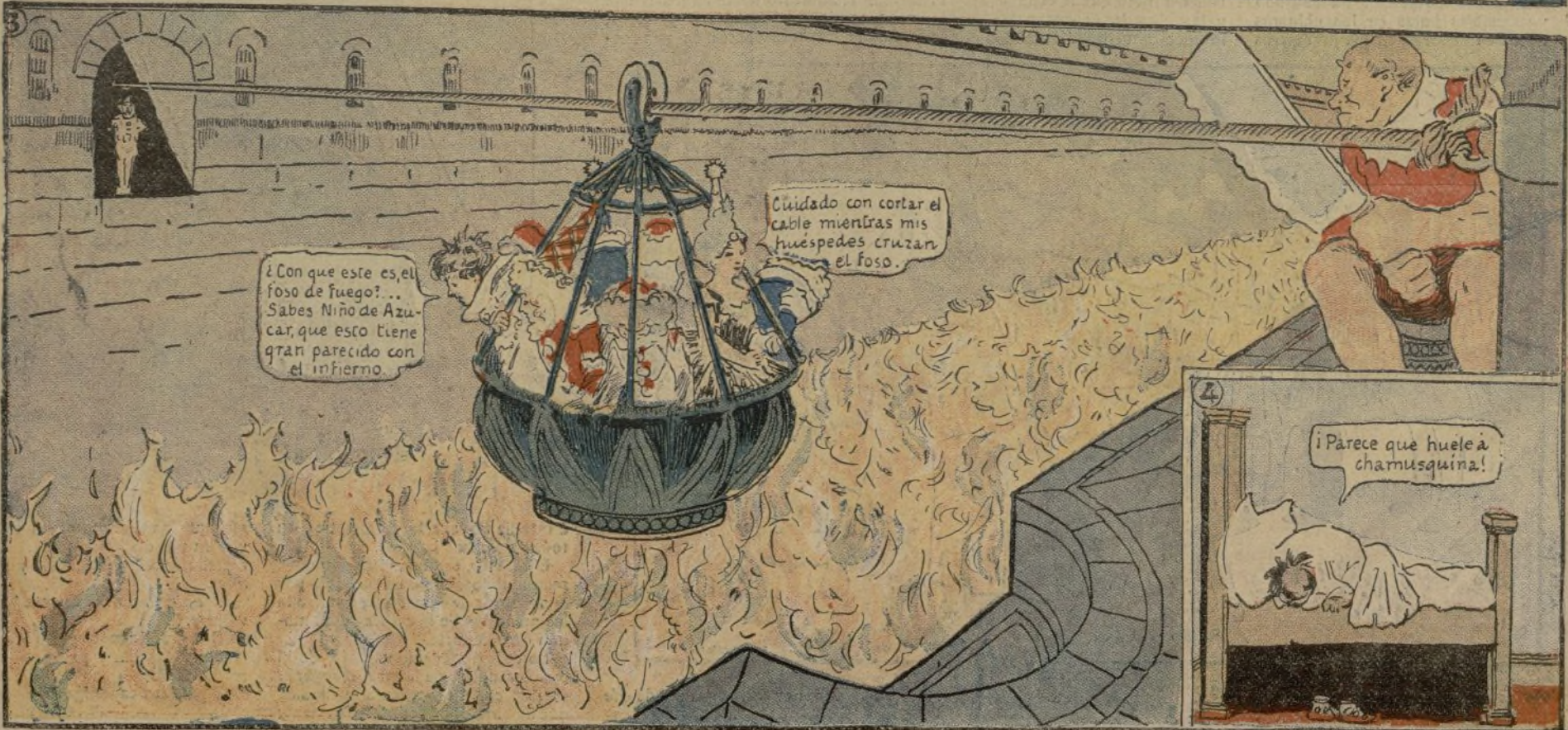
¡Y para los canónigos!

EL SASTRE DEL CAMPILLO. (Dibujos de SANCHÁ.)



de los gabinetes, en los espejos de las salas, en las bombillas eléctricas de toda la casa y hasta en los vasos de la cocina.

prendidos por una granizada de todos los *diávolos*. Hay que llevar paraguas para protegerse contra el diluvio de ca-



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.